

WEISLINGEN.—(Lo levanta en alto y lo besa.) ¡Niño dichoso que no conoces otro mal sino el de la tardanza en traer la sopa! ¡Dios os colme de ventura con este chico, Berlichingen!

GOETZ.—Donde hay mucha luz hay mucha sombra. Sin embargo, sería mi felicidad. ¡Veremos! (Se van.)

WEISLINGEN.—¡Oh! ¡Si despertase y viese que todo fué un sueño! ¡En poder de Berlichingen, del cual apenas había logrado librarme, cuyo pensamiento evitaba como el fuego; á quien esperaba someter! Y él, el viejo y leal Goetz, ¡Dios santo! ¡Qué resultará de todo esto! ¡Adalberto, estás de nuevo en la sala donde jugabais de muchachos, cuando le querías y estabas unido á él como á tu propia alma! ¿Quién puede estar cerca de él y aborrecerle? ¡Ah! ¡Yo aquí nada soy! ¡Pasasteis, tiempos felices, aquellos en que el viejo Berlichingen se sentaba al lado de la chimenea y nosotros jugábamos á su alrededor y nos amábamos como aman los ángeles! ¡Qué disgustados estarán el Obispo y mis amigos! Bien sé que todo el país lamentará mi desgracia. ¡Pero qué importa! ¿Pueden darme lo que yo deseo?

GOETZ.—(Con una botella de vino y vasos.) Mientras disponen la comida, beberemos un trago. Venid; sentaos, y estad como en vuestra casa. Pensad que volvéis á vivir con Goetz. ¡No hemos estado poco tiempo sin comer juntos, sin vaciar juntos una botella! (Bebe á su salud.) Vamos, alegraos.

WEISLINGEN.—Aquellos tiempos pasaron.

GOETZ.—¡No lo permita Dios! Verdad es que no volveremos á encontrar días más placenteros que aquellos de la corte del Margrave, cuando juntos dormíamos y juntos correteábamos. Con alegría recuerdo yo mi juventud. ¿Os acordáis qué pelea armé con aquel polaco cuyos cabellos rizados y engomados aplasté con el brazo por casualidad?

WEISLINGEN.—En la mesa fué, y os atacó con el cuchillo.

GOETZ.—Y yo también le saudí de firme, por cuyo motivo os enemistasteis vos con su camarada. Siempre nos ayudábamos como buenos y esforzados jóvenes, y todos lo sabían. (Le escancia y bebe.) ¡Castor y Pollux! Mi corazón se alegraba siempre que nos llamaba así el Margrave.

WEISLINGEN.—El Obispo de Würzburgo empezó á decirnoslo.

GOETZ.—Era un señor muy sabio y al mismo tiempo muy afable. Me acordaré de él mientras viva. ¡Cómo nos acariciaba y alababa nuestra unión, estimando feliz al hombre que es un hermano gemelo para su amigo!

WEISLINGEN.—¡No hablemos más de eso!

GOETZ.—¿Por qué no? Después del trabajo, nada encuentro más agradable que los recuerdos del pasado. Verdaderamente, ¡cuando reflexiono cómo llevábamos juntos pesares y alegrías y éramos todo el uno para el otro, y cómo en aquel entonces creía yo que siempre había de ser lo mismo! ¿No era eso todo mi consuelo cuando perdí esta mano delante de Landshut y tú me

cuidaste con más solicitud que un hermano? Yo esperaba que Adelberto sería en lo porvenir mi mano derecha, y ahora...

WEISLINGEN.—¡Oh!

GOETZ.—Si me hubieses seguido cuando quería llevarte conmigo al Brabante, todo hubiera permanecido bien. Pero retúvete la desdichada vida de corte y la ociosidad y tu afición á las mujeres. Siempre te lo reprochaba cuando ibas de francachela con aquellas buenas piezas y les hablabas de matrimonios desavenidos, de muchachas seducidas, de la aspereza de la piel de alguna, de cosas por el estilo que con tanto gusto oyen; siempre te decía: Adelberto, te vas á hacer un perdido.

WEISLINGEN.—¿Y á qué viene todo eso?

GOETZ.—¿Quisiera Dios que pudiese yo olvidarlo ó que fuese de otro modo! ¿No naciste tan libre, tan noble como el que más en Alemania, independiente, súbdito sólo del Emperador? ¿Y vas á inclinarte ante vasallos! ¿Qué te da el Obispo? ¿Porque es tu vecino y puede hostigarte! ¿Acaso no tienes brazos y amigos para hostigarle también? Desconoces el valor de un caballero libre, que sólo depende de Dios, de su Emperador y de sí mismo. ¡Te rebajas hasta ser el primer criado de un clérigo obstinado y envidioso!

WEISLINGEN.—Déjame hablar.

GOETZ.—¿Qué tienes que decir?

WEISLINGEN.—Tú miras á los príncipes como el lobo á los pastores, y, sin embargo, no tienes derecho á inju-

riarlos porque guardan lo mejor que pueden sus gentes y sus Estados. ¿Están acaso seguros ni un momento contra los malos caballeros, que asaltan á sus súbditos en todos los caminos y entran á saco sus pueblos y sus castillos? Por otra parte, si los dominios de nuestro amado Emperador están expuestos á los ataques de su eterno enemigo; si los Estados á quienes pide auxilio apenas pueden defender su vida, ¿no es justo el espíritu que aconseja pensar en los medios de pacificar la Alemania, administrar justicia y establecer el derecho para que todos, grandes y pequeños, gocen de las ventajas de la paz? ¿Y nos vituperas, Berlichingen, porque teniendo cerca esta protección nos escudamos de ella, mientras la Majestad lejana apenas puede valerse á sí misma!

GOETZ.—¡Sí, sí! ¡Entiendo, Weislingen! Si los príncipes fuesen como los pintáis, todos tendríamos lo que apetecemos: paz y tranquilidad. ¡Ya lo creo; es lo que piden todas las aves de rapiña para devorar su presa sosegadamente! ¡El bien de todos! ¡Como no tuviesen otros motivos de echar canas!... Con vuestro Emperador juegan de un modo indecente. Como él tiene las mejores intenciones y quisiera reformar el Estado, cada día sale un nuevo remienda-calderos que propone tal y tal cosa. El amo comprende pronto cómo puede, sólo con hablar, poner muchos brazos en movimiento; figúrasele que con la misma facilidad y prontitud se hacen las cosas y se les da cima. De aquí el salir ordenanza sobre ordenanza que se olvidan una después de otra.

Los príncipes se forman un baluarte con las que pueden servirles para sus negocios particulares, y hablan magníficamente de la tranquilidad y de la seguridad del Imperio hasta que tienen á los pequeños debajo de sus pies. Juraría que más de uno da gracias á Dios en su corazón porque el turco tiene en jaque al Emperador.

WEISLINGEN.—Eso lo veis desde vuestro punto, de vista.

GOETZ.—Cada cual hace otro tanto. La cuestión es saber de qué lado están la luz y la justicia, y por lo menos vuestras veredas detestan la claridad.

WEISLINGEN.—Podéis hablar como gustéis, porque yo soy el prisionero.

GOETZ.—Si vuestra conciencia está limpia, libre sois. Pero, ¿qué se ha hecho de aquella paz pública? Me acuerdo todavía que tenía yo dieciséis años cuando acompañé al Margrave á la Dieta. ¡Lo que charlaron aquellos príncipes! Los obispos eran los peores. Vuestro Obispo aturdió los oídos del Emperador, como si por arte maravillosa tomase á pechos la justicia. Y ahora, cuando nuestras querellas están apaciguadas; cuando en nada malo pensaba, me atropella un vasallo. ¿No estaba todo arreglado entre nosotros? ¿Para qué quiere á ese hombre?

WEISLINGEN.—Ocurrió sin su conocimiento.

GOETZ.—Entonces, ¿por qué no lo suelta?

WEISLINGEN.—Porque no se portó como debía.

GOETZ.—¿Que no se portó como debía? ¡Por mi alma! ¡Sí, se portó como debía! Tan cierto, como preso está

con vuestro conocimiento y el del Obispo. ¿Os figuráis que vengo hoy al mundo por primera vez y que no veo adónde todo esto va á parar?

WEISLINGEN.—Sois desconfiado y no nos hacéis justicia.

GOETZ.—Weislingen; ¿debo hablar francamente y sin rodeos? Soy para vosotros, por muy pequeño que yo sea, una espina en el ojo, y Sikingen y Selbitz no lo son menos, estando, como estamos, firmemente decididos á morir antes que agradecer á nadie el aire que respiramos más que á Dios, ni prestar nuestra lealtad y nuestro servicio más que al Emperador. Por esta razón me andan buscando las vueltas, me pintan con negros colores á Su Majestad, y á sus amigos, y á mis vecinos, y espían la ocasión de tener ventaja sobre mí. Quieren quitarme de en medio por cualquier modo que sea. Cogen prisionero á mi vasallo porque lo envié á la descubierta; no se porta como debiera porque no me vende á vosotros. ¡Y tú, Weislingen, eres instrumento de ellos!

WEISLINGEN.—¡Berlichingen!

GOETZ.—No hablemos más de esto; soy enemigo de explicaciones; engaña uno al otro ó se engaña á sí mismo, y la mayor parte de las veces á los dos.

CARLOS.—¡A la mesa, padre!

GOETZ.—¡Alegre mensajero! ¡Vamos; espero que mis mujeres os pondrán de buen humor. En otro tiempo érais el niño mimado; las damas tenían siempre que hablar de vos. ¡Vamos! (Se van).

Comedor en el palacio del Obispo de Bamberg.

OBISPO DE BAMBERG, ABAD DE FULDA, OLEARIUS, LIEBETRAUT, CORTESANOS. (Sentados á la mesa.—Traen los postres y grandes copas.)

OBISPO.—¿Estudian en Bolonia actualmente muchos alemanes de la nobleza?

OLEARIUS.—De la nobleza y de la burguesía; y, sin que sea vanagloria, son los que se llevan la palma. En la Academia ya es proverbio decir: tan aplicado como un alemán noble; pues empleando los burgueses una aplicación honrosa para suplir con ella la falta de linaje, esfuérganse aqué llos, con mayor emulación de gloria, en realzar, por brillantes méritos, la dignidad de su nacimiento.

ABAD.—¡Ah!

LIEBETRAUT.—¡Vivir para ver! ¡Tan aplicado como un noble alemán! ¡En mi vida había oído eso!

OLEARIUS.—Sí; son la admiración de toda la Academia. Por lo menos algunos de los más antiguos y de los más hábiles, saldrán doctores. El Emperador se alegrará de poder proveer en ellos los primeros puestos.

OBISPO.—¡No puede menos de ser así!

ABAD.—¿Conocéis por casualidad un hidalgo?... Es de Hesse.

OLEARIUS.—Hay muchos de Hesse.

ABAD.—Se llama... es... ¿No os hacéis cargo? Su madre era una de... Su padre sólo tenía un ojo... y era general.

OLEARIUS.—¿De Wildenholz?

ABAD.—Eso es, Wildenholz.

OLEARIUS.—Le conozco muy bien; un joven de mucho talento. Celebrado particularmente por su fuerza en la argumentación.

ABAD.—Eso le viene de su madre.

LIEBETRAUT.—Nunca la elogió su marido por ese mérito.

OBISPO.—¿Cómo decís que se llamó el Emperador que escribió vuestro *Corpus Juris*?

OLEARIUS.—Justiniano.

OBISPO.—Excelente señor. ¡Á su salud!

OLEARIUS.—¡Á su memoria! (Beben.)

ABAD.—Debe ser hermoso libro.

OLEARIUS.—Bien podría llamársele el libro de todos los libros, colección de todas las leyes; para cada caso, la sentencia preparada; y lo dudoso ú oscuro remédianlo las glosas con que los hombres más sabios han ilustrado esta obra por excelencia.

ABAD.—¡Colección de todas las leyes! ¡Pardiez! Entonces también estarán los diez mandamientos.

OLEARIUS.—*Implicite* sí, pero no *explicite*.

ABAD.—Eso es pura y simplemente lo que yo quería decir.

OBISPO.—Y lo más hermoso es, como decís, eso de que pueda vivir tranquilo y seguro el Reino que lo haya adoptado y por él se rija.

OLEARIUS.—Sin duda alguna.

OBISPO.—¡A la salud de todos los *doctores juris*!

OLEARIUS.—¡Y á mi cuenta el publicarlo! ¡Pluguiese á Dios que hablasen así en mi patria!

ABAD.—¿De dónde sois, señor sapientísimo?

OLEARIUS.—De Francfort, sobre el Mein, para servir á vuestra eminencia.

OBISPO.—¿No estáis bien mirados allí los doctores? ¿Por qué causa?

OLEARIUS.—¡Es bastante singular! Yo fui á recoger la herencia de mi padre y el pueblo me apedreó cuando oyó que era jurista.

ABAD.—¡Dios nos libre!

OLEARIUS.—Pero esto nace de lo siguiente: El tribunal de los regidores, que goza mucho crédito, está compuesto de personas de viso, que por completo desconocen el derecho romano. Creen que es suficiente adquirir, por la edad y la experiencia, el conocimiento claro del estado interno y exterior de la ciudad. De suerte que los burgueses y el vecindario son juzgados por antiguas costumbres y pocos estatutos.

ABAD.—Eso está bien.

OLEARIUS.—Pero ni con mucho es bastante. La vida del hombre es corta, y en una generación no se presentan todos los casos. Nuestro Código es una colección de todos los que ocurrieron durante muchos siglos. Además, la voluntad y la opinión del hombre son mudables. A éste le parece hoy justo lo que mañana aparece injusto al otro, y de tal suerte la confusión y la injusticia son inevitables. Todo esto lo ajustan las leyes, y las leyes son inmutables.

ABAD.—Realmente eso es mejor.

OLEARIUS.—Pero no lo reconoce el pueblo, que, siendo tan ansioso de novedades, detesta hasta más no poder todo lo nuevo que lo saca de sus carriles, aunque sea para gran mejora suya. Mira tan mal á un jurista, como si fuera un embrollón del Estado, un corta-bolsas, y pónese furioso cuando alguno intenta establecerse allí.

LIEBETRAUT.—¿Sois de Francfort? Yo conozco aquéllo mucho. Cuando la coronación del emperador Maximiliano brindamos grandemente á la salud de vuestros novios. ¿Vuestro nombre es Olearius? No conozco á ninguno que se llame así.

OLEARIUS.—Mi padre se llamaba Oelmann (1), mas, para evitar el equívoco en la portada de mis obras latinas, póngome el nombre, siguiendo el ejemplo y el consejo de sabios legistas, de Olearius.

LIEBETRAUT.—Habéis hecho bien en traduciros; nadie es profeta en su tierra paterna, y eso pudiera ocurrirnos con vuestra lengua materna.

OLEARIUS.—No fué por esa razón.

LIEBETRAUT.—Todas las cosas tienen dos razones.

ABAD.—¡Nadie es profeta en su patria!

LIEBETRAUT.—¿Y sabéis por qué, ilustrísimo señor?

ABAD.—Porque nació y se crió en ella.

LIEBETRAUT.—Bueno; esa puede ser una de las razones; la otra es porque cuando se ve de cerca á estos se

(1) *Oelmann* significa prensador de aceitunas.

2-9369

ñores, desaparece el nimbo de dignidad y santidad que nebulosa lontananza finge alrededor de ellos, y se ve que no procede de otra cosa sino de cabos de vela.

OLEARIUS.—Parece que tenéis por oficio decir verdades.

LIEBETRAUT.—Como además tengo corazón para sostenerlas, no me faltan en la boca.

OLEARIUS.—Pero faltaos el ingenio para aplicarlas.

LIEBETRAUT.—Las ventosas siempre están bien aplicadas cuando prenden.

OLEARIUS.—A los bañeros se les conoce por el mandil y nada se les toma á mal en su oficio. Por precaución haríais bien en poneros un gorro con cascabeles.

LIEBETRAUT.—¿Dónde os habéis hecho doctor? Os lo pregunto para ir desde luego á tan buena fragua, si alguna vez me da ese capricho.

OLEARIUS.—Sois muy osado.

LIEBETRAUT.—¡Y vos imponente! (El Obispo y el Abad rien.)

OBISPO.—Hablemos de otra cosa. No hay que enfadarse, señores; en la mesa todo pasa. Otro discurso, Liebetraut.

LIEBETRAUT.—Cerca de Francfort, del lado de allá del Mein, hay un sitio que se llama Sachsenhausen...

OLEARIUS.—(Al Obispo.) ¿Qué se dice de la expedición contra los turcos, serenísimo señor?

OBISPO.—El Emperador considera de la mayor importancia pacificar ante todo el Imperio, apagar las contiendas intestinas y fortificar el prestigio de la justicia.

Después dícese que irá personalmente contra los enemigos del imperio y de la cristiandad. En la actualidad sus asuntos interiores le dan bastante quehacer, y el Imperio, á pesar de los cuarenta años de paz pública, sigue siendo una cueva de bandidos. Franconia, Suabia, el Alto Rhin y las tierras colindantes, son assoladas por insolentes y atrevidos caballeros. Sickingen, Selbitz el cojo, Berlichingen, el de la mano de hierro, desafían en estas comarcas la autoridad del Emperador.

ABAD.—Si, como Su Majestad no ponga pronto mano en ello, acabaran esos tunos por meterle á uno en el saco.

LIEBETRAUT.—No sería mal mozo el que tratase de meter en saco la cuba de Fulda.

OBISPO.—El último, particularmente, es, desde hace muchos años, mi enemigo implacable y me molesta lo que no es decible. Pero esto no durará mucho tiempo; así lo espero. El Emperador tiene ahora su corte en Augsburgo. Ya hemos tomado nuestras medidas, y no fallarán. Señor doctor, ¿conoceis á Adelberto de Weislingen?

OLEARIUS.—No, eminentísimo señor.

OBISPO.—Si queréis esperar su llegada, os agradará ver en persona el caballero más noble, inteligente y agradable.

OLEARIUS.—¡Excelente hombre debe ser el que de tal boca tal loa merece!

LIEBETRAUT.—No estuvo en ninguna academia.

OBISPO.—Ya lo sabemos. (Los sirvientes corren á la ventana.) ¿Qué ocurre?

SIRVIENTE.—Acaba de entrar á caballo por la puerta del castillo Faerber, el escudero de Weislingen.

OBISPO.—Ve lo que trae: vendrá á anunciar..

(LIEBETRAUT sale: levántanse todos y beben otra vez.
LIEBETRAUT vuelve.)

OBISPO.—¿Qué noticias?

LIEBETRAUT.—Quisiera que os las diese otro: Weislingen ha caído prisionero.

OBISPO.—¡Oh!

LIEBETRAUT.—Berlichingen ha cogido cerca de Haslach á él y á tres de sus hombres; el cuarto ha escapado, y viene á deciroslo.

ABAD.—¡Mensaje de Job!

OLEARIUS.—Lo siento en el alma.

OBISPO.—Quiero ver al escudero; hazle subir.—Quiero hablarle en persona. Llevadle á mi gabinete. (Sale.)

ABAD.—(Sentándose) Otro trago. (Los criados sirven de beber.)

OLEARIUS.—¿No agradecería á vuestra reverencia dar un paseito por el jardín? *Post cenam stabis, seu passus mille meabis.*

LIEBETRAUT.—Cierto; el estar sentado no os es saludable. Puede daros de nuevo el ataque.

(El abad se levanta.)

LIEBETRAUT.—Si consigo verlo fuera, yo me encargo de que haga ejercicio. (Salen.)

Yaxthausen.

MARÍA. WEISLINGEN.

MARÍA.—Decís que me amáis. Lo creo, y espero ser feliz con vos y haceros dichoso.

WEISLINGEN.—Lo único que yo sé es que soy tuyo por completo. (La besa.)

MARÍA.—¡Dejadme, por Dios! Os he permitido un beso en calidad de arras; pero parece que queréis tomar ya por derecho propio lo que sólo os pertenece condicionalmente.

WEISLINGEN.—María, sois demasiado severa: el amor inocente complace á la Divinidad, en vez de ofenderla.

MARÍA.—Puede ser, pero no me tranquilizan vuestras palabras. Me han enseñado que las caricias, como las cadenas, son fuertes porque se eslabonan, y las doncellas, cuando aman, son más débiles que Sansón después de perder sus cabellos.

WEISLINGEN.—¿Quién os enseñó eso?

MARÍA.—La abadesa de mi convento. Estuve al lado suyo hasta los diez y seis años, y sólo con vos siento la felicidad que gocé en su compañía. Ella podía hablar, porque había amado; ¡tenía el corazón en extremo sensible! Era una excelente mujer.

WEISLINGEN.—Entonces se parecía á ti. (Le coge la mano.) ¡Como voy á sufrir cuando tenga que dejarte!

MARÍA.—(Desprendiendo su mano). Un leve pesar, según creo; en cambio bien sé lo que á mí me pasará. ¡Pero es preciso que os marchéis?

WEISLINGEN.—Si, amada mía, y quiero marcharme, pues comprendo las felicidades que me asegura este sacrificio. Bendito sea tu hermano y el día que salió para hacerme prisionero.

MARÍA.—Palpitaba su corazón con la esperanza de encontrarte. «¡Adiós! nos dijo al despedirse. ¡No descansaré hasta hallarle!»

WEISLINGEN.—Y así fué. ¡Cuánto desearía no haber descuidado la administración y seguridad de mis bienes en esa desastrosa vida de la corte! ¡Podrías al momento ser mía!

MARÍA.—También el aplazamiento tiene su encanto.

WEISLINGEN.—No digas eso, María, porque me harías creer que sientes menos amor que yo. Sufro lo que he merecido. Pero, ¡cuántas esperanzas acompañarán cada uno de mis pasos! Ser enteramente tuyo; vivir sólo contigo y algunos amigos, alejado, separado del mundo, gozando de todas las delicias que al unirse se otorgan dos corazones. ¡Qué son el favor de los príncipes y los aplausos del mundo en comparación de esta dicha sencilla y única! ¡He esperado mucho, he deseado mucho, pero esto supera á todas mis esperanzas y á todos mis deseos!

Entra GOETZ.

GOETZ.—Vuestro escudero está de vuelta; apenas el cansancio y el hambre le permiten hablar. Mi mujer le está dando de comer. Según he podido comprender, el

Obispo no quiere soltar á mi vasallo; se nombrarán comisarios imperiales y señalarán un día para poner en claro el asunto. De cualquiera manera que sea, Adelberto, sois libre. Sólo pido vuestra mano como promesa de que en lo sucesivo no prestará abiertamente, ni en secreto, ayuda á mis enemigos.

WEISLINGEN.—La vuestra tomo, y reinen desde este momento entre nosotros, cual eterna ley de la naturaleza, amistad y confianza inalterables. Permitidme al mismo tiempo asegurar para mí esta otra mano (toma la de María), y con ella la posesión de la más noble de las mujeres.

GOETZ.—¿Puedo dar el sí por vos?

MARÍA.—¡Dais el vuestro con el mío!...

GOETZ.—Por fortuna esta vez nuestros intereses están de acuerdo. No te pongas colorada; tus miradas son asaz significativas. Sí, Weislingen: daos las manos, y yo digo ¡Amen!... ¡Amigo y hermano mío!... ¡Hermana, te doy las gracias!... Ya hilas más que cáñamo, has sabido hilar un hilo para apresar esta ave del paraíso. No pareces satisfecho, Adelberto. ¿Qué te falta? Yo soy completamente feliz. La dicha que anhelaba, la veo ahora, y me parece un sueño. ¡Ah! Ahora me explico el de esta noche. Dábate yo mi mano derecha de hierro, y tanto me la apretabas, que la arrancaste del brazalete. Asustéme y desperté. A seguir soñando, vería que en su lugar me ponías otra viva. Ahora, es menester que partas para poner tu castillo y tus bienes en perfecto estado. Esa maldita vida de corte te ha hecho des-

cuidar uno y otros. Voy á llamar á mi mujer. ¡Isabel!

MARIA.—Mi hermano no cabe en sí de gozo.

WEISLINGEN.—Le desafío á que me gane.

GOETZ.—Vas á tener muy agradable residencia.

MARIA.—La Franconia es un hermoso país.

WEISLINGEN.—Y bien puedo decir que mi castillo está situado en su parte más hermosa y amena.

GOETZ.—Sí, puedes decirlo y yo doy fe. Corre el Mein, y á su lado se eleva, vestida de dorados viñedos, la montaña que vuestro castillo corona. Alrededor de su ángulo roquizo tuerce bruscamente el río, y la ventana de la sala grande está vertical sobre el agua, con una vista que se extiende á muchas millas.

Llega ISABEL.

ISABEL.—¿Qué hacéis?

GOETZ.—Ven tú también á dar tu mano y á decir «Dios os bendiga». Son esposos.

ISABEL.—¿Tan pronto?

GOETZ.—Pero no por sorpresa.

ISABEL.—¡Queredla siempre lo mismo que ahora y Dios os haga tan feliz cuanto fiel hayáis sido en amarla!

WEISLINGEN.—¡Amén! No pretendo la felicidad sino á ese título.

GOETZ.—El novio, querida esposa, hará un corto viaje, pues los cambios grandes traen muchos pequeños. En primer lugar, se alejará de la corte del Obispo para dejar enfriar poco á poco esta amistad: en seguida, sacará sus bienes de mano de arrendatarios ávi-

dos. En fin, vamos, hermana; vamos, Isabel. Dejémosle solo. Su paje tiene indudablemente encargos secretos para él.

WEISLINGEN.—Podéis oír cuanto me diga.

GOETZ.—No importa. ¡Franconia y Suabia! Ahora estáis mas hermanadas que nunca. ¡Cómo vamos á apretar las clavijas á esos príncipes!

(Se van los tres.)

WEISLINGEN.—¡Dios del cielo! ¿Has podido guardar para mí, indigno como soy, felicidad semejante? Esto es demasiado para mi corazón. ¡Yo, que dependía de hombres ruines á quienes creía dominar; de la mirada de los príncipes; de la obsequiosa aprobación general! Goetz, Goetz querido, me has devuelto la libertad, y tú, María, realizas mi transformación. Me siento libre, como en aire más puro. No volveré á Bamberg; cortaré todos los lazos vergonzosos que me sujetaban, rebajando mi dignidad. Mi corazón se ensancha; aquí no se trata de esfuerzos penosos hacia negadas grandezas. ¡Cuán verdad es que sólo es grande y feliz el que no tiene que mandar ni obedecer para ser algo!

FRANZ entrando.

FRANZ.—¡Dios os guarde, monseñor! Os traigo tantos saludos, que no sé por dónde comenzar. Bamberg y diez millas á la redonda repiten mil veces: ¡Dios os guarde!

WEISLINGEN.—Bienvenido, Franz. ¿Qué más traes?

TOMO II.

LIBRERIA DE NUEVO LEON
ALFONSO HERRERA
ARDO. 1925 MONTERREY, MEXICO

FRANZ.—En la corte y en todas partes se os recuerda tanto, que no es para dicho.

WEISLINGEN.—No durará mucho tiempo.

FRANZ.—Mientras viváis, y después de vuestra muerte, brillará más clara que los letreros de metal en un sepulcro. ¡Cuán de corazón toman parte en vuestra desgracia!

WEISLINGEN.—¿Qué dijo el Obispo?

FRANZ.—Estaba tan ansioso de saber, que con la afanosa presteza de sus preguntas embarazaba mis respuestas. Verdad es que ya Faerber llevóle la noticia cuando se escapó de Haslach. Pero quería saberlo todo. ¡Preguntaba con tanta ansia si no estabais herido! Yo le dije: está intacto desde la punta de los cabellos hasta la uña del dedo meñique del pie.

WEISLINGEN.—¿Qué dijo respecto de las proposiciones?

FRANZ.—Al principio quería darlo todo por libraros, el hombre y dinero encima; pero al oír que sin necesidad de esto quedaríais libre, y que vuestra palabra respondía del vasallo, empeñóse en diferir el asunto para tratarlo con Berlichingen. Díjome para vos mil cosas que se me han olvidado. Un sermón sobre este tema: «No puedo estar sin Weislingen».

WEISLINGEN.—Pues tendrá que acostumbrarse.

FRANZ.—¿Cómo lo entendéis? Él me dijo: «Que se dé prisa, todo el mundo le espera».

WEISLINGEN.—¡Ya pueden esperar! ¡No voy á la corte!

FRANZ.—¿Que no vais á la corte, monseñor? ¿Cómo se os ocurre eso? ¡Si supierais lo que yo sé!... ¡Si pudieseis siquiera soñar lo que yo he visto!...

WEISLINGEN.—¿Qué te pasa?

FRANZ.—Sólo el mero recuerdo me pone fuera de mí. Bamberg ya no es Bamberg: un ángel en figura de mujer, lo ha convertido en pórtico del Paraíso.

WEISLINGEN.—¿Nada más?

FRANZ.—Consiento en hacerme fraile, si la veis y no perdéis los estribos.

WEISLINGEN.—¿Quién es?

FRANZ.—Adelaida de Walldorf.

WEISLINGEN.—¿Ella? Mucho he oído hablar de su belleza.

FRANZ.—¿Oído? Pues es igual que si dijerais he visto la música. Es tan imposible á la lengua expresar una sola de sus perfecciones, como insuficientes los ojos para contemplarlas todas.

WEISLINGEN.—No estás en tu juicio.

FRANZ.—Podrá ser muy bien. Al verla la última vez, perdí la cabeza como un borracho; ó mejor dicho, sentí en aquel momento lo que deben sentir los santos á la vista de las apariciones celestiales. Todos mis sentidos más fuertes, más elevados, más perfectos, pero sin poder hacer uso de ninguno.

WEISLINGEN.—¡Es raro!

FRANZ.—Cuando me despedí del Obispo, estaba ella sentada á su lado. Jugaban al ajedrez. El señor estuvo muy amable, me dió su mano á besar y me dijo mu-

CAPILLA UNIVERSITARIA

chas cosas que no entendí. Porque yo miraba á su vecina, la cual tenía fija la vista en el tablero, como si meditase alguna gran jugada. ¡Qué expresión tan fina de atención en su boca y en sus mejillas! ¡Hubiera querido ser el rey de marfil! En su noble frente resplandecían la afabilidad y la dulzura. Sus negrísimos cabellos, realzaban la blancura deslumbradura de su rostro y de su seno.

WEISLINGEN.—Te has vuelto poeta de verdad.

FRANZ.—Es que siento en este momento lo que hace ser poeta; la plenitud de un sentimiento único en el corazón. Cuando el Obispo terminó y yo me incliné, miróme de frente y dijo: «Saludad también de mi parte al desconocido. Decidle que venga pronto. Le aguardan nuevos amigos que no debe despreciarlos, aunque tan rico sea en amigos viejos.» Quise contestarle, pero el paso del corazón á la lengua estaba obstruído; inclinéme. Hubiera dado todo mi haber por besar la punta de sus pequeños dedos. Estando así mudo, cayósele al Obispo un peón; bajéme para cogerlo, pero al alzarle toqué el borde de su vestido. Aquel contacto corrió por todos mis miembros, y no sé cómo pude salir por la puerta.

WEISLINGEN.—¿Está su marido en la corte?

FRANZ.—Enviudó hace cuatro meses. Ha ido á Bamberg para distraerse. Ya la veréis; su mirada, es como caricia del sol de primavera.

WEISLINGEN.—No me producirá tanta impresión.

FRANZ.—He oído que estáis casi casado.

WEISLINGEN.—¡Ojalá lo estuviera! Mi dulce María hará la felicidad de mi vida. La bondad de su alma se refleja en sus ojos azules. Pura como un ángel de los cielos, formada de inocencia y amor, infunde en mi corazón la paz y á la dicha. Haz mi equipaje, y vamos pronto á mi castillo. No quiero ver á Bamberg, aunque San Vito en persona me lo pidiese. (Vase.)

FRANZ.—¡No lo quiera Dios! ¡Esperemos algo mejor! María es amable y bella, y no censuraré yo á un prisionero y enfermo que se enamore de ella. En sus ojos hay consuelo, melancolía benévola; pero en torno tuyo, Adelaida, todo es vida, fuego, bravura! ¡Yo sería...! Soy un loco... ¡Así me ha puesto una mirada suya!... Mi señor irá; yo iré. Allí mirándola recobraré la razón ó la perderé por completo.

CAPILLA
UNIVERSIDAD DE MADRID

ACTO SEGUNDO

Sala en Bamberg.

OBISPO y ADELAIDA juegan al ajedrez.—LIEBETRAUT tañendo una guitarra.—DAMAS y CORTESANOS escuchándole en torno de la chimenea.

LIEBETRAUT. (Canta y toca.)

Con arco y con flechas
Volando Cupido
Su tea blandió,
Victorias buscando,
Tormentas celando,
La guerra emprendió
Va va
Ya ya
Los ojos ardiendo
Las armas crujiendo
Sus alas tendió.

¡Ay, Dios! indefensos,
Los pechos cogía:
Tómanlo en sus brazos
Todas á porfía;
Él dentro del fuego

Sus flechas lanzaba,
Y una le mecía
Y otra le besaba.

¡Hei ei ó! Popeyo (1).

ADELAIDA.—No, no atendéis al juego. ¡Jaque al rey!

OBISPO.—Todavía hay recursos.

ADELAIDA.—No os durarán mucho tiempo. ¡Jaque al rey!

LIEBETRAUT.—No jugaría yo este juego si fuéase gran señor, y lo prohibiría en mi corte y en todo el país.

ADELAIDA.—Seguramente es piedra de toque para la inteligencia.

LIEBETRAUT.—¡No es por eso! Preferiría, turbado en lo más profundo del sueño, oír el sonido de la campana mortuoria y el chillido de los pájaros de mal agüero, y el ladrido del gruñón mastín de la conciencia, que en boca de corredores, de saltarines danzantes y otras bestias el eterno: ¡Jaque al rey!

OBISPO.—¿A quién se le ocurrirían estas cosas?

LIEBETRAUT.—A uno, pongo por caso, débil de carácter y fuerte de conciencia, cosas que las más de las veces se encuentran juntas. Llámánle juego real y dicen que fué inventado para un rey, el cual recompensó al inventor con un mar de riquezas. Si esto es verdad, pareceme estar viendo á ese rey, menor de edad ó de entendimiento, bajo la tutela de su madre ó de su mujer; de naciente barba, y unos mechones amarillos en

(1) Estribillo usado en baladas antiguas.